

caso de que países como Israel, o la RAU, decidieran adquirir o fabricar armas nucleares. Sin embargo, esa posibilidad se considera remota. Este acuerdo es visto como el acreedor de un sistema internacional en el que las naciones encuentran más benéfico para su seguridad el renunciar a las armas nucleares que el poseerlas. Esta última afirmación se justifica aludiendo al compromiso asumido en el Consejo de Seguridad de las ONU por la Unión Soviética y Estados Unidos de acudir en auxilio de los países signatarios que vean amenazada su seguridad por una potencia nuclear. India amenazada por China Comunista es el mejor ejemplo de esta posibilidad.

La consecuencia más grave del razonamiento anterior es que comienza a tomar forma una idea según la cual renunciar a las armas nucleares por parte de las dos grandes potencias no es necesario, aún más, ni siquiera conveniente. Así, refiriéndose a los artículos del Tratado de No Proliferación relativos a la necesidad de proseguir las negociaciones para el desarme universal uno de los colaboradores de esta obra se pregunta: ¿por qué las naciones que ven a Estados Unidos y la Unión Soviética como sus protectores en caso de una agresión nuclear estarían interesados en ver los arsenales de estas superpotencias reducidos por causa de un programa de desarme nuclear?"

Esto hace pensar que comienza a defenderse la idea de un mundo en donde la mayoría de Estados no poseen armas nucleares, pero se encuentran protegidos, seguramente contra China comunista, por el poderío nuclear de Estados Unidos y la Unión Soviética. Los peligros de este sistema internacional son evidentes, y por ello resulta especialmente positivo el artículo de Richard Falk, el único que no se refiere directamente al Tratado de No Proliferación sino al problema general del uso de las armas nucleares. Falk hace varias consideraciones sobre los motivos que han llevado a los dirigentes norteamericanos a rechazar la idea de un Tratado declarando ilegal el uso de las armas nucleares y con buena voluntad y algo de ingenuidad recurre a varios argumentos morales para convencer de la necesidad de renunciar a ellas. En nuestra opinión, Falk no ataca los motivos esenciales que impiden la aceptación del desarme nuclear por parte del gobierno norteamericano. Pero su llamado a la responsabilidad de los intelectuales en la campaña para un desarme universal es tan positivo para el mantenimiento de la paz como el Tratado de No Proliferación.

OLGA PELLICER DE BRODY
El Colegio de México

ROGER D. HANSEN, *The Politics of Mexican Development*. Baltimore, Md, The Johns Hopkins Press, 1971.

Los análisis norteamericanos sobre la realidad mexicana tienen ya una larga tradición que antecede a la Revolución de 1910, pero fue a partir de esto que su número aumentó notablemente. Desde entonces y hasta los años treinta estos trabajos no encajaron en ninguna ortodoxia; los había tanto en apoyo como en contra del sistema que la Revolución Mexicana estaba en proceso de construir. Sin embargo en los años cincuenta el panorama cambió. Por una parte las relaciones entre México y Estados Unidos dejaron de ser tirantes y se estabilizaron a un nivel de cordialidad notable. Esta estabilización fue en gran medida reflejo de la institucionalización y conclusión del proceso de cambio social originado por el movimiento de 1910; con el fin

del cardenismo las medidas radicales también terminaron. La estabilidad interna posterior a 1940, la alta tasa de desarrollo económico, más la seguridad de que México seguiría definitivamente un modelo de desarrollo capitalista, llevó a que de manera casi unánime el pequeño grupo de académicos norteamericanos interesados en América Latina vieran el caso de México bajo un ángulo favorable. La aparición de la Cuba socialista a principios de los sesentas, proponiendo un modelo de desarrollo antitético al seguido por el resto de América Latina hasta ese momento y antagonico a los intereses norteamericanos en el área, reafirmó la tendencia anterior. Junto con la Alianza para el Progreso, la Revolución Mexicana y el sistema político desarrollado por ésta se ofrecieron —por parte de los norteamericanos— como algunas de las alternativas legítimas a quienes buscaban una salida adecuada al estancamiento político y económico de la región latinoamericana. Los aspectos nacionalistas del proceso mexicano, que una vez irritaron tanto a las élites norteamericanas con interés en los asuntos internacionales, fueron legitimados entonces por los círculos políticos y académicos estadounidenses. Ejemplo de lo anterior son las obras de Taker, Cline, Scott, Brandenburg, Vernon, Padgett, Wilkie o Cumberland, para citar sólo a algunos de los más conocidos en el campo político; en el campo propiamente económico hay otro grupo tan o más numeroso. En todas estas obras había ciertos elementos de crítica en la medida en que tenían que reconocer que el grupo gobernante mexicano no seguía en la práctica algunas de las reglas del juego democrático que en teoría decía respetar. Pero estas críticas eran en gran medida pro forma y no superaban las conclusiones positivas que la estabilidad política y/o la alta tasa de desarrollo económico de las últimas décadas, les llevaban a mostrar como paradigmas para otras regiones del mundo subdesarrollado.

La obra de Roger Hansen que aquí se comenta es, entre otras cosas, un rompimiento con la ortodoxia establecida en las dos décadas anteriores por los estudiosos norteamericanos del fenómeno mexicano, rompimiento afortunado y deseable. Con un aparato teórico proveniente en lo económico de la escuela neoclásica y en lo político de la corriente behaviorista norteamericana —es decir, con el mismo instrumental empleado por sus predecesores—, Hansen propone una interpretación del sistema político y económico mexicano diferente —más crítica— que las anteriores.

El autor decidió explorar ampliamente la esfera política por considerar —aparentemente con razón— que ahí se encuentran los factores que mejor explican el tipo de desarrollo actual del país, particularmente a partir de los años cuarenta. En este sentido, su estrategia de investigación es bastante similar a la que Vernon usó en el pasado, aunque esta vez el instrumental teórico empleado para examinar el marco político en que encuadra el desarrollo económico, es más explícito y complejo.

El trabajo del doctor Hansen, que actualmente se encuentra prestando sus servicios en la National Planning Association de Washington, está basado únicamente en fuentes secundarias (lo cual muestra, entre otras cosas, que la cantidad de material monográfico sobre México es ya suficiente como para intentar síntesis bastante completas). En la primera parte del estudio el autor examina someramente el proceso de transformación económica experimentado por México desde su independencia hasta el presente, para concluir que los cambios producidos por la Revolución en las estructuras y valores tradicionales son los que explican en buena medida el notable ritmo de desarrollo experimentado a partir de 1940. Hansen, tras examinar con cierto detenimiento el desarrollo reciente del sector industrial y agrícola, concluye que México no

sólo ha crecido sino que se ha desarrollado, es decir, que los cambios cualitativos habidos en los diversos sectores económicos son sustantivos.

Hasta aquí el análisis del autor se inscribe en la línea tradicional pero en el capítulo cuarto, al examinar la distribución del producto de ese desarrollo tan notable, se aparta de los esquemas complacientes del pasado. El análisis es relativamente simple y consiste en comparar la realidad del desarrollo económico con los postulados de la Revolución de 1910 que el grupo en el poder dice defender y estar poniendo en práctica. De esta comparación resulta que la llamada "revolución popular" ha producido una de las distribuciones más inequitativas del ingreso en América Latina. Las "clases preferidas" de los gobiernos revolucionarios: obreros y campesinos, en términos relativos (y en algunos casos absolutos) han visto reducida su participación en el producto del esfuerzo colectivo. Si bien en los últimos años las cifras —no muy confiables, por cierto— muestran una pequeña disminución relativa en el porcentaje de la riqueza en manos del 5% de las familias con ingresos más altos, también muestran que el 20% de las familias con ingresos más bajos han visto disminuida no sólo su participación relativa sino real. Así pues, la tendencia es a una mayor polarización de las desigualdades económicas. Tanto la política salarial como la agraria, la impositiva y el gasto público, han tendido a favorecer abierta y sistemáticamente la rápida acumulación de capital del sector privado tanto en la ciudad como en el campo en perjuicio de las necesidades de los sectores populares. El resultado ha sido, según Hansen, que México presente una desigualdad en la distribución del ingreso más pronunciada que la existente en la mayoría de los países en vías de desarrollo, países que, en general, tienen ya una distribución más inequitativa que la de los países desarrollados. En suma: de los grandes países latinoamericanos, México es el que menos esfuerzos ha hecho para aliviar la situación de los sectores débiles de su población.

En los siguientes capítulos que constituyen la sección medular de la obra, el autor propone una explicación al problema planteado en los capítulos anteriores, o sea contestar a la pregunta: ¿cómo es posible que ese abismo tan grande entre la retórica del grupo en el poder y la realidad económica se haya dado sin que se pusiera en peligro la estabilidad política? No es sorprendente que el autor recurra al examen del sistema político en busca de respuestas; su primer paso lo constituye un análisis del partido oficial: el PRI. Hansen parte de las dos interpretaciones antitéticas dadas sobre la naturaleza del PRI: una que lo ve como una coalición de grupos populares y en cuyo seno las diferentes demandas de éstos son formuladas, procesadas y transmitidas a las autoridades correspondientes. En contraste, el otro modelo ve al partido esencialmente como un instrumento de dominación que la "coalición revolucionaria" emplea, no para recibir y conciliar las demandas de las bases, sino más bien para transmitir e imponer a éstas decisiones tomadas "desde arriba" por la oligarquía dirigente a la vez que para reclutar a los elementos externos más dinámicos e inquietos políticamente. Los indicadores económicos presentados por el autor en las secciones anteriores le llevan a inferir que el segundo modelo es más acertado. De otra manera ño es posible explicar que los sectores que forman la mayoría en el partido oficial desde 1938 sean los menos favorecidos por la acción gubernamental. El PRI no es un partido si por partido se entiende una organización capaz de formular, agregar y transmitir a los niveles superiores las demandas de los sectores de base.

Aceptada esta visión del sistema político mexicano, el autor enfrenta de manera inevitable otro problema: ¿por qué la acción política de las grandes

mayorías puede manipularse de manera tan cabal, sin que surja un movimiento opositor de envergadura? Parte de la respuesta se encuentra en el examen de aspectos tales como la cooperación, la corrupción y el uso de la violencia; todos ellos instrumentos inhibidores del surgimiento de una contraléite capaz de movilizar a una parte sustantiva de esos sectores mayoritarios que tan pasivamente aceptan estrategias de desarrollo tan poco favorables a sus intereses. Sin embargo, la explicación de fondo la hace Hansen a través del análisis de la cultura política mexicana. Recurre para ello a una explicación histórica: el autor considera que los rasgos centrales de las actitudes políticas predominantes en el México actual arrancan de la colonia y cada nueva etapa histórica las ha reforzado; las fuerzas contrarias han sido superficiales y el fondo ha permanecido igual. ¿Cuáles son los rasgos predominantes de esta cultura política? Según Hansen, éstos son principalmente la pasividad y enajenación de los sectores mayoritarios de la vida política: nada o poco esperan de la actividad gubernamental; su actitud es propia de quienes son dominados y parroquiales. La experiencia histórica ha reforzado una y otra vez las bases de la sumisión, desconfianza y distanciamiento entre las mayorías —objetos más que sujetos del proceso político— y los dirigentes. Entre las minorías políticamente activas —que Hansen, siguiendo a Molina Enriquez, denomina mestizos— las relaciones son de naturaleza fundamentalmente personalista. La lealtad a los programas o a las clases o grupos que se dice representar es muy débil o nula; los principios son subordinados a los intereses individuales. Este patrón de conducta entre la minoría dirigente tiene su origen en el hecho de que los canales políticos han sido tradicionalmente los más abiertos al ascenso social de los elementos dinámicos y ambiciosos de las clases y grupos subordinados, ya que las estructuras económicas coloniales o del siglo pasado y principios del presente fueron muy rígidas y sólo de manera esporádica absorbieron nuevos elementos. A este tipo de cultura propia de un modelo político pretoriano, Hansen la califica de “mestiza”. Este género de relación política no fue eliminado por la Revolución de 1910 sino más bien institucionalizado. La estrategia de desarrollo económico en la actualidad permite que aquellos que se han movido en dirección ascendente a través del aparato político pueden invertir de manera expedita y redituable los beneficios acumulados como resultado de su actividad política inicial, ingresando así a la élite económica.

Con base en el análisis anterior y usando el enfoque de sistemas de David Easton, Hansen trata de redondear su argumento. La estabilidad del sistema mexicano se encuentra fundada en el hecho de que las demandas que se le hacen por parte de los grandes grupos populares son relativamente pocas, de ahí que los recursos necesarios para satisfacerlas sean modestas y no hayan creado presiones insoportables. Por otra parte, las demandas de los “actores relevantes”, es decir, la élite económica y política, han sido y son satisfechas de manera aceptable por el presente mecanismo con el grueso de sus recursos. En estas circunstancias, no hay hasta el momento un grupo importante que ponga en duda la legitimidad del sistema. Es por ello que la coalición gobernante ha podido mantener vigentes los símbolos de la Revolución de 1910 sin que las tremendas contradicciones con la realidad los hayan inutilizado. La reforma agraria, por ejemplo, sigue siendo un elemento estabilizador de primera importancia al comprometer a una parte importante de la población rural con el mantenimiento del orden de cosas presente a través de la posesión física de la tierra, sin que importe mayormente el hecho de que los

beneficios económicos de tal posesión sean, para la mayor parte de los ejidatarios, nulos o muy reducidos.

En el último capítulo Hansen, siguiendo el ejemplo de Raymond Vernon examina las posibilidades de sobrevivencia del actual sistema político mexicano. En contraste con Vernon, Hansen considera que las posibilidades de que el sistema conserve en su forma actual en el futuro cercano son muchas. A pesar de que la mala distribución del ingreso, que mantiene a una gran parte de la población marginada política y económicamente, el mercado interno parece suficientemente fuerte como para sostener el actual ritmo de crecimiento industrial; el proceso de diversificación del comercio exterior, los ingresos por turismo y la inversión extranjera no hacen prever el surgimiento de una crisis seria de balanza de pagos. Estas circunstancias, dice el autor, aunadas a un aumento relativo de los ingresos del sector oficial, y de una mejoría real en los ingresos de ciertos núcleos obreros y campesinos y a la confianza del sector empresarial en la estabilidad y el sistema político del país, son factores adicionales que contrarrestan las tendencias al estancamiento económico que Vernon creyó identificar una década atrás. Hansen considera, por otra parte, que el descontento de ciertos sectores medios y/o la posibilidad de que aumente la intranquilidad en el campo, podrían llegar a crear serios problemas al grupo en el poder, pero desde su punto de vista tal posibilidad es mínima; el poder presidencial es tan grande que el sistema puede cambiar de prioridades y políticas con relativa facilidad y enfrentar a tiempo esas y otras posibles crisis.

En términos generales la obra de Hansen constituye —como se señaló ya— una reacción necesaria y saludable al tipo de análisis que los académicos norteamericanos interesados en el caso mexicano habían venido haciendo en las últimas décadas. Sin embargo, la obra no carece de puntos débiles. Desde un punto de vista metodológico quizá los enfoques usados por Hansen no fueron los más idóneos. La ciencia política norteamericana, como resultado de sus estudios de política comparada, empezó en los sesentas a desarrollar el llamado modelo autoritario, que quizá hubiera arrojado más luz sobre la naturaleza del sistema político mexicano. Así, por ejemplo, el uso de la violencia y la represión —parte integral del modelo autoritario— es tratado muy superficialmente por Hansen. El lector desprevenido no llegará a advertir que este elemento —tan importante como la corrupción, la cooptación o la apatía y sumisión de los núcleos populares, que Hansen sí enfatiza— es parte integral del sistema y es esencial para explicar la ausencia de una oposición organizada; tan o más esencial que el resto de los factores que integran la llamada “cultura política mestiza”. La represión de los opositores reales o potenciales, y que se hizo patente cuando en los últimos años se empleó contra ciertos sectores urbanos, parece haber sido casi endémica en el campo pero esto no queda claro en la obra de Hansen, quien sin fundamento suficiente dice que está disminuyendo.

La elección del concepto de cultura política para explicar algunos de los rasgos más negativos del sistema político mexicano, quizá no fue el más adecuado. Posiblemente si el autor en vez de poner tanto énfasis en los mestizos —y las connotaciones raciales del concepto no son muy afortunadas— hubiera visto ese mismo proceso en términos de una fracción o segmento de una clase en ascenso —los sectores medios— en lucha contra los grandes obstáculos en que se oponían (y oponen) a su ingreso al sistema de dominación, la explicación hubiera sido más profunda y convincente. Además, ese enfoque hubiera permitido convertir a México en un ejemplo concreto de un fenómeno que

se repite en otros países latinoamericanos y del Tercer Mundo en general, en donde el Estado constituye uno de los canales de movilidad social más importantes.

En cierta medida el comportamiento político de los sectores medios mexicanos desde fines del periodo colonial hasta el presente ha estado muy determinado por las relaciones de subordinación de México con el exterior, con su metrópoli. Hansen ve este fenómeno con cierta claridad por lo que toca a la época colonial, pero no pone el mismo énfasis a partir de la independencia; tal parece como si la libertad formal lograda en 1821 correspondiera a una realidad, lo que es absurdo pues la subordinación continúa. Hansen, tan abierto para encontrar las discrepancias entre la forma y el contenido en el plano interno no parece haber sido capaz de hacer lo mismo por lo que se refiere a las relaciones del sistema con su medio ambiente externo. A lo largo de toda la obra los efectos de la dependencia —que de manera tan abundante han estado examinando los intelectuales latinoamericanos en el último lustro— no se reflejan en este trabajo. La variable externa, tan rica para explicar los procesos internos mexicanos, no fue explotada por el autor a pesar de que el marco teórico lo permitía.

La negligencia de los factores externos en el desarrollo económico mexicano no permitió tampoco al autor explorar la situación que se presenta actualmente cuando la gran corporación transnacional está asumiendo un papel cada vez más determinante en el desarrollo de los sectores dinámicos de la economía mexicana. Éste es un fenómeno relativamente nuevo y que puede ser determinante para el futuro desarrollo económico y político de México, pero no se ve en esta obra. Por ejemplo, el sector empresarial nacional (que es visto de manera rápida, a pesar de ser el principal beneficiario de la actual estrategia de desarrollo) está desarrollando nuevas ligas con los empresarios extranjeros y su grado de dependencia de éstos no es analizado a pesar de que en buena medida el sector público tiene que tratar cada vez menos con la burguesía nacional y cada vez más con una alianza compuesta por esta burguesía y la internacional. Esta situación puede repercutir seriamente en la flexibilidad que Hansen le atribuye al presidente para modificar políticas, pues esta flexibilidad puede ser afectada negativamente por la desnacionalización que deja a compañías extremadamente fuertes en control de ciertos sectores estratégicos. En el análisis histórico hecho por Hansen así como en sus proyecciones futuras, las relaciones de México con Estados Unidos aparecen como neutrales o benignas y siempre en un plano secundario.

El problema de nuestras relaciones económicas con el exterior —que en 1970 arrojaron un déficit en cuenta corriente de mil millones de dólares— no le parece al autor un problema importante que pueda afectar decisivamente el desarrollo económico futuro del país. Sin embargo, este déficit muestra que la diversificación en las exportaciones no ha tenido el efecto tan positivo que le atribuye Hansen y en cambio está llevando al país a depender cada vez más de préstamos e inversiones externas, que a la larga pueden agravar la crisis de la balanza de pagos.

Finalmente, es posible que el autor haya minimizado las posibilidades de conflicto dentro de los altos círculos gobernantes al dar tanto énfasis al poder presidencial. La experiencia histórica, y en particular la reciente, muestra que el problema de la sucesión presidencial puede llevar a ciertos resquebrajamiento entre la élite gobernante: a pesar de la gran autoridad presidencial es posible considerar que la existencia de un grupo empresarial fuerte —como es el que México tiene ahora como resultado de varias décadas de una poli-

tica encaminada a acelerar el crecimiento de la burguesía nacional— está adquiriendo un poder político considerable. Probablemente el Estado ya no está en posibilidad de tomar decisiones importantes sin preocuparse mayormente de las reacciones que éstas produzcan fuera de su propio ámbito, como ocurrió hasta hace poco tiempo. Una hipótesis aparentemente fructífera y no explorada suficientemente por el autor, consiste en suponer un poder de veto creciente por parte de los altos círculos financieros e industriales que ha disminuido la libertad de acción de la élite gobernante.

Los puntos controvertidos no terminan aquí; quedaría por explorar por ejemplo la hipótesis sobre la circulación de la élite que Hansen toma de Brandenburg o su análisis sobre la naturaleza del descontento de los sectores medios, pero ello no debe interpretarse como un juicio negativo sobre la obra bajo consideración, sino todo lo contrario. El trabajo de Hansen puede y debe despertar una discusión muy saludable, en un plano relativamente elevado, sobre la naturaleza de nuestro sistema político.

LORENZO MEYER

El Colegio de México

CARLOS GUZMÁN BÖCKLER y JEAN-LOUP HERBERT, *Guatemala: una interpretación histórico-social*. México, Siglo XXI Editores, 1970, 205 pp.

JAMES L. BUSEY, *Notas sobre la democracia costarricense*. San José, Editorial Costa Rica, 1968, 159 pp.

El investigador, confrontado con la violencia en Guatemala, la guerra hondureño-salvadoreña, el fenómeno político nicaragüense o costarricense o la problemática militar panameña que como pocos problemas en Latinoamérica invitan a la investigación profunda, se enfrenta con una escasez de fuentes y estudios que hacen del Istmo una verdadera *Tierra incógnita* y que permiten solamente a los más audaces investigadores meterse con una materia que carece de las más elementales preposiciones para su estudio. Por eso hay que tomar en cuenta con mucha atención todas las obras nuevas que aclaren la problemática contemporánea centroamericana, y poco importa si los autores se acercan a sus temas desde ángulos sociológicos (como Guzmán y Herbert) o politológicos (Busey).

El trabajo de los dos autores mencionados en el primer lugar (uno es guatemalteco, el otro francés) es eminentemente sociológico a pesar de que hace hincapié no solamente en la contemporaneidad guatemalteca, sino también en la historia precolonial y colonial, pero eso solamente como instrumento para la interpretación de la complejidad guatemalteca de hoy. Los puntos claves de esta investigación los forman la sociedad precolonial (Herbert) y la estructura colonial sobreviviente hasta hoy (Guzmán, para quien se trata del "eje de la dialéctica social" de Guatemala), los grupos indígena y ladino como el elemento étnico-social cardinal de la evolución sociopolítica y, al fin, la faceta interna y externa de lo que los autores definen como lucha de clase y colonialismo.

El libro de Guzmán y Herbert no es el primero en ofrecernos una imagen sociológica de Guatemala; esta labor la realizó hace doce años Manuel Monteforte Toledo.¹ Pero a diferencia de Monteforte, que más bien elaboró una

¹ Manuel Monteforte Toledo, *Guatemala-monografía sociológica*. México, UNAM, 1959.